



PLUMALAPIZ

SEMANARIO DE ARTES

ADMINISTRADOR
Arturo d'Alencon

DIRECTOR
Fernando Santivan

DIRECTOR ARTÍSTICO
Cristóbal Fernández

PRIMER REDACTOR
Martín Escobar

Secretario: Daniel de la Vega

Correspondencia al Director: Casilla 2443
Oficina de Redacción; Morandé 432

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,
Casilla, 1684

AÑO I

SANTIAGO, 30 DE AGOSTO DE 1912

NUM. 7

CONCURSOS LITERARIOS

En otra página damos cabida á una extensa información gráfica del último concurso organizado por el Consejo Superior de Bellas Artes, Letras y Música. Ha sido éste un acontecimiento intelectual al que no queremos ni debemos quitarle nada de su importancia. Todo lo que tienda á dar seriedad, á «profesionalizar» la labor literaria en nuestro país, forzosamente ha de ser bien mirado por nosotros, cansado como estamos de estrellarnos contra prejuicios imbéciles según los cuales escribir para el público es una entretención propia de ociosos y chiflados.

Pero por lo mismo que damos toda su importancia al auxilio que el Estado desea prestar á las letras nacionales por medio de estos certámenes, no queremos dejar pasar la oportunidad que se nos presenta de exponer nuestras ideas acerca de un asunto que de tan cerca nos toca.

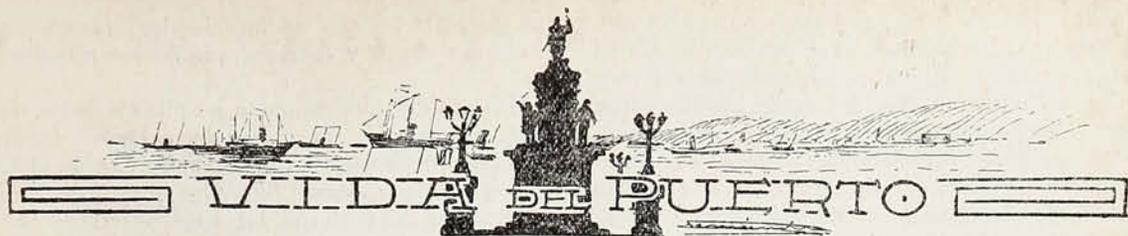
Desde luego, nos parece indispensable que se deje establecido que un primer premio priva del derecho de optar en concursos posteriores: más claro, que los escritores agraciados con un primer premio no tienen derecho á presentar trabajos correspondientes al tema en que obtuvieron aquella re-

compensa. La justicia y oportunidad de esta disposición son evidentes y no necesitan demostración.

En cambio, como una compensación, ó como un corolario de la disposición anterior, podrían, con esos escritores «hors concours», integrarse los jurados respectivos. Nadie más fuerte é intimamente vinculado que ellos á los Concursos ni más interesados en su buena marcha. ¿Y qué mejores títulos de autoridad para juzgar que las que ellos aportarían?

Además, es preciso pensar en llevar un poco de juventud á los jurados. Salvo contadas excepciones, son jóvenes los que, presentándose á los certámenes, les dan vida y justifican su repetición periódica.

Y no es lógico, es hasta incongruente que esos jóvenes no reciban otra sanción que la del juicio de personas cuyos gustos están enormemente distanciados de los suyos. Es necesario que en el jurado de cada uno de los temas haya por lo menos un representante de esa juventud que trabaja y produce y que tiene derecho, en consecuencia, á que sus gustos y sus ideas sean tomadas en consideración.



Valparaíso, 4^a semana de agosto.

Horizonte marino.—Playa Ancha.—El malecón.—Los pontones.—Veleros y transatlánticos.—El encanto de la onda.

Altas barreras de edificios, pesados como bastiones de fortaleza, ocultan á los ojos del porteño, el cielo y el mar. El forastero ó el desocupado que deseen contemplarlos con sosiego en toda su amplitud, han de sortear los trenes y fardos del malecón, repechar los cerros del fondo, ó, lo que es mejor todavía, lanzarse en demanda del Parque de Playa-Ancha.

El contemplativo prefiere las avenidas frondosas y fragantes que desde la elipse bajan suavemente hacia el mar, recortando entre sus troncos, allá abajo, trozos de marina de un verde cabrilleante bajo el sol. Las olas avanzan en apretado rebaño desde el mar, como la corriente de un gran río que fuera á perderse en el fondo del puerto. Una vela ó un penacho de humo flotan entre el mar y el cielo, poniendo en alma pensativa en el paisaje.

Un trozo de playa riscal se extiende entre el camino y las rompientes de la baja marea. Despojos del agua y de la tierra, amontonados sobre la arena húmeda, denuncian el apetito de las familias que llegan por aquí los domingos y fiestas de guardar.

Nadie en las rocas solitarias que avanzan atrevidamente al encuentro de las olas. Nó, me engaño. Una pareja —un traje negro y una blusa clara— llenan una concavidad del peñasco por el lado del mar. Están juntos, tan juntos que por momentos no se ve sino un solo torso. Los pájaros baten sobre ellos sus alas perezosas, el viento pasa y el mar retumba á sus pies. Ellos permanecen inmóviles, mirando sin ver, en el éxtasis de lo que no necesita comprenderse.

* * *

Al atardecer el sol queda aprisionado por un cordón de nubes cárdenas que flotan sobre el horizonte del oeste. El agua se aclara inmediatamente, tomando con el ambiente la suavidad de colorido de un cuadro antiguo.—Su espléndida belleza de la mañana, violenta bajo el sol de mediodía, envejece gloriosamente cada tarde, para renovarse con el siguiente amanecer.

A esta hora, la ola que avanza sobre la ribera se aclara en un verde tierno que, al curvarse el oleaje para precipitarse de golpe hacia la orilla, adquiere la transparencia y la elasticidad de una banda de caucho... Tinte de cielo pálido, matiz de reseda, entre el manto oscuro del mar y su alba enfieladura de espuma.

Una humareda se arrolla en espirales que avanzan por sobre los cerros del mar. Luego una proa negra, cortando en cascadas las rompientes, se in-

clina hacia la orilla en busca del Puerto. Es un barco de gran porte, veleado por una larga navegación, que llega de los muelles atestados de mercancías de todos los climas y hombres de todas las razas, de Liverpool ó Hamburgo. La toldilla se puebla de figuras inquietas, cuyas miradas se adivinan clavadas en la ciudad donde espera el hogar fija, apacible, como la vida de los que permanecen fieles á la tierra.

Son gentes ricas que vuelven de conocer las ciudades más opulentas del mundo y sus maravillas naturales más celebradas; y, sin embargo un anhelo inconfesable de retornar á la patria les ha hecho fastidiosos los monumentos y los paisajes, las lenguas y las costumbres extranjeras. Su alma de cuando niños resucitaba en ellos, haciéndoles desear la casa de asoleados corredores, con su huerta de naranjos y nogales, su horizonte obscurecido por las alamedas y la cruz plantada en la cercana colina...

Al enfrentar el faro, el pesado barco de hierro se cruza con una esbelta fragata que despliega sus velas hacia alta mar. La blanca loma que cuelga de los mástiles se alueca como un ala, se agita luego con palpitaciones rápidas y se hincha por fin llenándose con el soplo del sur. El barco se inclina ligeramente y emprende la carrera hacia afuera; se pierde poco á poco en la lontananza, parece ahora inmóvil y desaparece luego en las vaguedades del crepúsculo.

La pareja de amantes se ha puesto de pie, apoyando las espaldas en la roca, mientras que sus miradas se pierden en el vacío. Hay en esta hora más misterio en el mar, y una grandeza fría y serena apaga los entusiasmos de la carrera y el espíritu. Las manos caen á lo largo de los lánguidos cuerpos; con los ojos entrecerrados, el alma suspensa y adormilados los sentidos, se asiste á la muerte del día.

La sirena de la larga mujer lúgubramente, en tanto que el mar, como un coloso que se despierta, hincha su seno con un suspiro que corre á lo largo de la ribera. El oleaje cada vez más rápido se precipita contra las rocas, y como legiones en un asalto, pasan unas olas sobre el cuerpo de las otras hasta dominar los arrecifes. Al tocar el lindo extremo de su dominio, el mar se queda inmóvil, hinchado, monstruoso, bajo el resplandor de la luna llena que se recorta sobre el follaje negro de los pinos.

* * *

El malecón, en el barrio comercial, atrae por un interés opuesto, el hervor de la vida, la trage-

dia humana del trabajo y el triunfo de la potencia de la máquina. Locomotoras que pasan tañando su campana, pitazos estridentes, choques de carros y zumbido de hélices á flor de agua; hombres que desfilan á largas zancadas con un fardo al hombro, inmensos calderos ó trilladoras que son suspendidas por la grúa del fondo de una lancha á lo alto de un castillo de maquinarias; voces de prevención, reniegos, dicharachos, todo se mezcla y rebulle con rapidez alucinante.

El trabajo se prolonga sobre el agua, en la vasta cubierta de los lanchones, donde la marmita vieron colgada de un alambre, la mujer adereza su humilde habitación del día, los niños retozan á lo largo del entrepuente y el perro familiar monta la guardia con los remos anteriores puestos en una banda, la cabeza sobre el agua y los ojos atentos á la evolución de peces y aves marinas.

Aún más lejos el ruido de la labor no se interrumpe: es en los viejos pontones enclavados en fila, á retaguardia de los barcos en servicio activo. Allí bate el martillo las planchas de cobre, aplasta los remaches y rechina de sierra al morder los maderos casi petrificados por el agua de mar. Los martinetes de los diques envían la granizada de

sus golpes, á los que se mezcla de tarde en tarde el alarido ronco y entrecortado de los remolcadores.

Más prolongados resuenan los pitazos de los *donkeys*, esparciendo la orden de cesar el trabajo. El vapor se escapa, las anclas caen al agua, el brazo del pescante queda fijo y los grupos de cargadores salen del malecón. Los pocos eléctricos abren su ojo parpadeante á lo largo de la playa y un rosario de luces rojas y blancas se entrecruza á través del puerto.

A medida que la sombra baja sobre la ciudad las luces se multiplican, trepando los cerros como enjambres de luciérnagas. Los rojos faroles que penden de los mástiles de los navíos se confunden con las lucesillas que se reflejan en las ventanas de los barrios obreros, simulando, ya una ciudad flotante, ya un bosque de luminarias. Y por sobre ella el fanal del faro hace girar sus antenas reverberantes, como rayos de una rueda en marcha por entre las constelaciones, hendiendo las tinieblas amigas del silencio.

MONTENEGRO.

RETRATO EXTRAORDINARIO

Rostro que olvida el vulgo; blanco, duro y en [donde] como en cuencas azules tu belleza se escond: tus inmóviles ojos que son dos extranjeros profundo y suntuosos, extraños pero fieros.

¿Qué tienen tus encantos? Por más que siempre [ronde] la sonrisilla oblicua; por más que siempre ahonde ese horror de esqueleto y esos tonos de aceros, no sé si son sagrados, compuestos ó severos.

Talvez hayas venido de un raro continente donde se mezcle el fruto de Noruega y Oriente; donde exista una raza milagrosa y tranquila

que esparza por el mundo sus ocultas beldades, sus gitanas del Sueño — bálsamos de ciudades — con un sol enigmático en la vasta pupila.

ALBERTO MORENO.

En Valparaíso.

EN LA LEGACION DEL URUGUAY

